

en París. Luego, ese «ángel de las nieblas» que es Bécquer, encuentra un hermano del humor germano-judío que es Heine. Es Bécquer el suspiro en la sombra. La otra voz de intimidad es la de Carolina Coronado. Y el trágico, al que el paso del tiempo no atenuará en su permanente importancia es Larra —crítico, dandy y fulgurante risueño y patético en la vida.

Del siglo XVIII se nos escapa una figura humanista de la categoría de fray Benito Jerónimo Feijoo (Orense, 1676-Oviedo, 1764).

El siglo XIX español está en Hispanoamérica enteramente opacado por el siglo XIX francés. Un escritor de la categoría de Galdós me parece que ha entrado muy tarde en la conciencia literaria de Hispanoamérica, donde un Emilio Zola ha hecho su ingreso muy temprano.

Los colegios religiosos, a través de los padres españoles, son los únicos y débiles puentes culturales hacia las letras españolas en un largo período en el que el oído hispanoamericano sólo quiere escuchar lo francés. Lo afrancesado es moda y, hasta cierto punto, un modo para ocultar nuestras propias raíces.

Desde su Nicaragua natal escucha Rubén Darío la queja becqueriana y ella vibra en los años formadores del poeta, donde cuenta la colección de los clásicos españoles de Rivadeneyra.

Pero Darío irá a París para buscar en parnasianos y simbolistas los universos estéticos de un nuevo color, de un nuevo ritmo, de una nueva música. Y esta militancia estética de los modernistas constituye una vinculación con Francia. (Juan Ramón Jiménez incorporará del simbolismo lo que su andalucismo admite como luz y sonido, pero Antonio Machado, que estudiará a Bergson en París, le otorgará a las conquistas simbolistas y rubendarianas un dejo castellano y las hará machadianas, propias, sentenciosamente españolísimas.)

Pero no olvidemos que junto al Rubén Darío «francés» está el Rubén Darío hispanoamericano y el Rubén Darío «español». El amor a España de Rubén Darío —y su inspiración española— explica la relación entre Darío y los modernistas españoles. Y no olvidemos tampoco que Francisca Sánchez —la compañera de Darío en años muy creadores— es una española.

No podemos dejar de observar que el primer maestro, en el modernismo, de Rubén Darío, es un hispanoamericano —José Martí—, nutrido en Gracián, en Santa Teresa y otros grandes clásicos españoles, y en los poetas franceses y norteamericanos —sin olvidarnos de Walt Whitman.

La devoción hispanoamericana por los impresionistas franceses —grandes pintores, sin duda alguna— nos hace olvidar que el genio de Goya es el que anticipa la renovación de la pintura francesa de los impresionistas. *La Belle Epoque* es, para las vanguardias y minorías ilustradas de Hispanoamérica, «la última palabra» en cuanto a estética, olvidándose de las raíces culturales mayas e incas, de la impresionante presencia de los historiadores o cronistas de Indias —donde es posible encontrar un realismo mágico vivo— y de los creadores poderosos, como un Sarmiento o un Martí.

Uno de nuestros grandes creadores líricos de la vanguardia, Vicente Huidobro, escribe una parte de su importantísima obra poética en francés. Robert Ganzó nace en Caracas, Venezuela, en 1898, pero su obra hay que buscarla en las antologías líricas

de los poetas franceses (desde *Orénoque*, 1937, hasta *Colére*, 1951, pasando por *Rivière*, *Langage*, *Tracts*, *Chansons* y otros libros suyos, todo ha sido escrito en francés, si bien es cierto que éste es un caso extremo de trasplante cultural).

En Hispanoamérica empezaremos a recuperar y a identificarnos con España literaria, plenamente, otra vez, a partir de los creadores de la Generación de 1898. Es curiosamente simbólico que el desastre naval de la bahía de Santiago de Cuba, en la guerra hispano-norteamericana, nos devuelve el amor hacia la creación literaria española y, en general, hacia la cultura hispánica.

Sobre los vínculos ideológicos y culturales —que cristalizan en los días de la independencia hispanoamericana—, y son como una carambola o un rebote en los pleitos independentistas hispanoamericanos, profesores franceses, con objetivos político-culturales trabajaron para Hispanoamérica, la designación de América Latina o en Latinoamérica, para un espacio geográfico y humano donde la presencia del hispano, del indio y del africano resulta evidente en un continente que es producto de un mestizaje y de una mulatez —en la gran zona caribeña— racial y cultural.

Pero siglos antes de la imagen de América Latina o de Latinoamérica para la gran zona continental Indohispanoafroamericana, no olvidemos que nuestro nombre de América es producto del equívoco de un cartógrafo germano —Martín Wadseemuller, profesor de geografía del colegio de San Didier, Lorena—, y que en su *Cosmographia Introductio* de 1507 creyó que el descubridor del Nuevo Mundo era Américo Vespucci y no Cristóbal Colón («habiendo sido descubierta por Américus puede llamarse Amériga, tierra de Américo o América», escribió Wadseemuller). Lo demás, lo hicieron ardides, de lo que llamaríamos hoy guerra psicológica, para quitarle a España la relación descubridora de esa «cuarta parte del globo» al borrar la empresa de Cristóbal Colón en el descubrimiento para Europa de las tierras de ese Mundo Nuevo. Las naciones enemigas políticas de España acuñaron, en coro, el error histórico de Wadseemuller que, cuando quiso rectificar, comprendió que su equivocación de información se había convertido en «la imagen real».

Tarea paciente, inteligente, aguda, constante y fervorosa ha sido la tarea de «devolver» España a Hispanoamérica. Pedro Henríquez Ureña —entre los principales «relacionadores» de las culturas hispánicas en el siglo XX—, ha partido de su propia tierra natal¹¹ donde España estableció las primeras fundaciones culturales para el desarrollo futuro de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo o de la América hispana.

En el siglo XX hay dos hechos históricos que aceleran la nueva relación entre España e Hispanoamérica: la República Española de 1931 y la guerra civil de 1936-1939 que, como consecuencia, a través del éxodo o exilio republicano que produce, trae a países hispanoamericanos a creadores y divulgadores de la cultura en todos los campos. Aunque los países que más se ven culturalmente favorecidos por el exilio cultural republicano español son México, en primer término, y el Río de la Plata, luego, no hay país hispanoamericano que no se haya visto enriquecido por la presencia de intelectuales de la España Peregrina¹².

¹¹ Pedro Henríquez Ureña nació en Santo Domingo el 29 de junio de 1884.

¹² En lo que respecta a la República Dominicana, para citar un ejemplo, y es la patria de Pedro

Pedro Henríquez Ureña nos devuelve a España sin renegar de su América y no levanta a su América a costa de España. Busca y encuentra el equilibrio de la interrelación de las culturas. La utopía de América es un ascenso espiritual de las culturas nutridoras del escenario indohispanoafroamericano. La utopía de América descansa en la integración cultural que nutre la proyección de esta utopía, que sin la pierna india y sin la pierna hispana quedaría impedida de andar. Pedro Henríquez Ureña afirma las raíces culturales. Supera toda ruptura cultural y realiza el proceso de tesis y antítesis para lograr la síntesis, base real de la utopía.

La Utopía de América

¿Cómo ha de entenderse esto de la utopía en América? Rafael Gutiérrez Girardot llamó así a la selección de las obras de Pedro Henríquez Ureña para la Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, número 37 de la colección, aparecida en los finales de 1978 y que es una obra de 571 páginas que incluye un prólogo de Gutiérrez Girardot y una cronología y bibliografía. Y hay que decir que en la compilación y la cronología intervino Angel Rama, además de Rafael Gutiérrez Girardot.

Pero volvamos a preguntarnos ¿qué es esto de la utopía de América? ¿De qué clase de utopía se trata?

Si uno escucha la palabra utopía, por una especie de reflejo condicionado de Pavlov, piensa en la ínsula Utopía de la novela filosófica de Tomás Moro que apareció en 1516. (La traducción española que conozco es la del Fondo de Cultura Económica de México, de 1941.) Moro, en su isla ideal, proponía la abolición de la propiedad privada y la intolerancia religiosa.

El Renacimiento hizo florecer la imaginación, las hipótesis sobre metas mejores para la humanidad, los planes ideales y los proyectos posibles de una organización social, política, económica, cultural, de metas superiores, sin olvidarnos que es Platón, con su *República*, el padre de estas concepciones. El Fondo de Cultura Económica de México ha reunido como *Utopías del Renacimiento* algunos libros claves como la *Ciudad del Sol*, de Campanella, y la *Nueva Atlántida*, de F. Bacon. Se ha pensado que el tema ha continuado presente en algunas de las novelas del género literario que conocemos como ciencia-ficción o literatura de anticipación.

Para Comte, la utopía —en su *Politique positive*— es la vía para mejorar las instituciones políticas y desarrollar las ideas científicas.

Nicola Abbagnano nos recuerda que Marx y Engels condenaron como «utopistas» las formas que el socialismo había tomado por obra de Saint-Simon, Fourier y Proudhon, oponiéndoles Marx y Engels el socialismo que ellos llamaron «científico», que prevé la transformación del sistema capitalista en sistema comunista, pero que excluye cualquier revisión acerca de la forma que tomará la sociedad futura y cualquier programa para ella.

Henríquez Ureña, es documental y significativa la obra de VICENTE LLORENS: *Memorias de una emigración, Santo Domingo, 1939-1945*, Barcelona, 1975, Edit. Ariel, 214 págs., «Horas de España», con numerosas fotografías y otros documentos.